

ISA MARTOS



¿Jugamos a
princesas?

ExLibric

¿JUGAMOS A PRINCESAS?



ExLibric

ISA MARTOS

¿JUGAMOS A PRINCESAS?

EXLIBRIC
ANTEQUERA 2021

¡JUGAMOS A PRINCESAS?

© Isa Martos

Diseño de portada: Dpto. de Diseño Gráfico Exlibric

Iª edición

© ExLibric, 2021.

Editado por: ExLibric

c/ Cueva de Viera, 2, Local 3

Centro Negocios CADI

29200 Antequera (Málaga)

Teléfono: 952 70 60 04

Fax: 952 84 55 03

Correo electrónico: exlibric@exlibric.com

Internet: www.exlibric.com

Reservados todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

Según el Código Penal vigente ninguna parte de este o cualquier otro libro puede ser reproducida, grabada en alguno de los sistemas de almacenamiento existentes o transmitida por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de EXLIBRIC; su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica.

ISBN: 978-84-18230-40-0

ISA MARTOS

¿JUGAMOS A PRINCESAS?

*Este libro está dedicado a Araceli, mi madre.
Allá donde esté se sentirá
orgullosa de su hija.*

Índice

PRIMERA PARTE

LAURA

EL PRÍNCIPE QUE SE CONVIRTIÓ EN RANA

HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE

AMOR O ESPEJISMO

SEGUNDAS OPORTUNIDADES NUNCA FUERON BUENAS

BIPOLARIDAD

VEINTICINCO AÑOS NO ES NADA

LA CABRA SIEMPRE VUELVE AL MONTE

SEGUNDA PARTE

UNA NUEVA VIDA

ROBERT

AMISTADES

LUIS

CHARLY

MIGUEL

TONTEOS VARIOS

JAVIER

NUEVOS TONTEOS

JAVIER (2ª PARTE)

CENTURIÓN
JAVIER (3ª PARTE)
MIGUEL (2ª PARTE)

TERCERA PARTE

EL CAMINO HACIA
¿AMIGOS NADA MÁS?
¿DE QUÉ COLOR SON LOS PRÍNCIPES?

EPÍLOGO
CRONOGRAFÍA MUSICAL A TRAVÉS DE LA HISTORIA DE
LAURA
AGRADECIMIENTOS

PRIMERA PARTE

LAURA

Hola, ¿os acordáis de mí? Soy Laura. Sí, aquella chiquilla tan imaginativa, creativa y despierta. Asistí a un colegio de monjas desde los cinco años. Nuestro colegio era mixto, o sea, niños y niñas; los niños, una vez que cumplían los cinco años, debían irse a otro colegio. La enseñanza era femenina y religiosa. Las monjas nos inculcaban respeto a los padres, ser niñas buenas, saber comportarse ante los mayores, no decir palabras malsonantes y hacer labores propias de una mujer entre rosario y rosario. Eso quería decir que en el vecindario siempre decían: «Qué niña más guapa y educada». Pero en mi cabeza rondaban otras cosas.

Para los que no me conocáis, os cuento que ya de pequeña era diferente al resto de las niñas: lo normal era jugar a casitas o papás y mamás. Yo lo hacía a príncipes y princesas. En cierta ocasión, imaginando que estaba en mi trono como princesa y encaramada en los hombros de una amiga, tuve tan mala suerte que caí de espaldas, dándome tal golpe que tuvieron que ponerme cuatro puntos de sutura en la nuca, aunque, más que el dolor físico, lo que en realidad me dolió fue sentir mi «orgullo de nobleza» arrastrado por los suelos. A partir de entonces preferí ser princesa sin trono.

Rondaba 1962 y en la tele daban, cada domingo por la tarde, el programa *Reina por un día*, presentado por José Luis Barcelona, donde hacían realidad el sueño de cualquier mujer: mandaban una carta al programa explicando sus sueños, como viajar, lavadoras o reencontrarse con un familiar, pero a mí lo que me hacía ilusión era sentarme en ese trono y que

me pusieran la capa y la corona. Escribí una carta, pero, por mucho que esperé, nunca me contestaron.

Con diez años mi afición a la lectura más de un disgusto me dio, pues mi padre solía decirme: «Menos libros y más meterte en la cocina; si no, el día de mañana no sabrás hacerle ni un huevo frito a tu marido. Tienes que prepararte para ser una mujer de tu casa, pendiente de tu marido». Me hice socia en la biblioteca pública: primero estuve interesada por libros sobre el cuerpo humano y más tarde, sobre historias de adolescentes, como *El diario de Daniel* o *El diario de Ana María*, del autor Michel Quoist.

Era la noche del 24 de septiembre de 1962. Una tormenta de agua intensa arrasó con una fuerza bestial todo el Vallès: fábricas inundadas, casas que se llevó el agua... Recuerdo que a nosotros, al vivir en un tercer piso, no nos afectó, pero en la planta baja había agua al nivel de un metro. Los vecinos tuvieron que subir al segundo piso para que no se los llevara el agua. A la mañana siguiente vimos todos los destrozos que había hecho la riada. Incluso nosotros, niños chafarderos como éramos, fuimos cerca del puente de la riera y vimos cuerpos sin vida que salían de él. Luego nos enteramos de que ascendieron aproximadamente a mil los muertos. Fue un recuerdo bastante desagradable.

La visión real en los años 60 era que el verdadero rey en casa era el hombre. Tan solo había que ver los anuncios de la televisión, donde un esposo trajeado llegaba a casa y su mujer corría a recibirlo con una alegría de perro fiel. Entonces él preguntaba por la comida mientras ella le servía algún licor y le acercaba el periódico, colocándole las zapatillas, siendo los hijos los príncipes de la casa. Era frecuente ver al hombre llegar del trabajo y a la mujer traerle las zapatillas, como si de un anuncio se tratara. Las mujeres de la casa debían estar pendientes de los deseos de los hombres de la casa, siendo los mismos incapaces de levantarse a buscar un vaso de agua; para eso estaban ellas. También hicieron mucho daño los consejos de la señorita Francis, cada día a las doce, todas las mañanas. Las mujeres estaban pendientes del consultorio de la radio, que las aleccionaba. Básicamente, el mensaje que se dirigía a la mujer podía resumirse en: calla, sufre y aguanta como puedas, porque ese es el papel que te ha tocado vivir.

Lógicas esas conductas, las cuales venían de una tradición, o más bien de unas normas establecidas para la mujer, las mismas que fueron fundadas por la Sección Femenina años después de que finalizara la Guerra Civil, en el año 1953. Por suerte, vigentes solo hasta 1977. Y para muestra, un botón:

Guía de la buena esposa:

1° Ten lista la cena (prepara su plato favorito).

2° Luce hermosa (descansa cinco minutos antes de que llegue para que te encuentre fresca y reluciente).

3° Sé dulce e interesante (una de tus obligaciones es distraerlo).

4° Arregla tu casa (debe lucir impecable).

5° Hazlo sentir en el paraíso (cuidar de su comodidad te brindará una enorme satisfacción personal).

6° Prepara a los niños (son sus pequeños tesoros y él los querrá relucientes).

7° Minimiza el ruido (a la hora de su llegada apaga lavadora, secadora y aspiradora e intenta que los niños estén callados).

8° Procura verte feliz (regálale una gran sonrisa y muestra sinceridad en tu deseo de complacerlo).

9° Escúchalo (déjalo hablar antes; recuerda que sus temas son más importantes que los tuyos).

10° Ponte en sus zapatos (no te quejes si llega tarde, si va a divertirse sin ti o si no llega en toda la noche. Trata de entender su mundo de compromisos).

11° ¡No te quejes! No lo satures con problemas insignificantes. Cualquier problema tuyo es un pequeño detalle con lo que él tuvo que pasar.

12° Hazlo sentir a sus anchas (deja que se acomode en un sillón y se recueste en la habitación. Ten una bebida caliente para él. Arrégale la almohada y ofrécele quitarle sus zapatos. Habla con voz dulce y placentera).

13° Una buena esposa siempre sabe cuál es su lugar.

Texto extraído del blog El polvorín.

Con trece años hicieron acto de presencia las hormonas, empezando a alborotarse; sin darme cuenta fui enamorándome de Alberto, el vecino de al lado. Sinceramente, no estaba nada mal el chaval, ya que destacaba entre el grupo de amigos. Era moreno, alto (quizá debía de medir 1,70) y tenía un ligero parecido con Paul McCartney: a mí me traía de cabeza.

En nuestra casa lo normal era escuchar la radio y sobre todo la copla. Había una canción de Marifé de Triana (se llamaba *Señora vecina*) que yo cantaba sin parar, imaginándome cantándole a la madre de Alberto aquello de: «Señora vecina, el hijo de usted me empieza a gustar. ¿Por qué no le dice que me siga y me pretenda?». Pero, claro, cualquiera se lo decía de verdad.

Aquel año ganó Eurovisión Gigilola Cinquetti con su canción *Non ho l'età*, que, traducido, quería decir «no tengo edad». También siempre se oía a Conchita Velasco con *La chica yeyé*, así que te pasabas todo el día oyéndolas cantando a grito pelado hasta que tu madre te decía: «¿Quieres callarte ya, que me estas dejando sorda?!». El *look* era igual al de la Cinquetti, así que empecé a arreglarme para ver si se fijaba en mí. Siempre he tenido el pelo algo rebelde; por más que le hiciera, cada pelo iba a su aire, por lo que cada noche empezaba mi sesión de belleza: toda la cabeza plagada de rulos con sus correspondientes pinzas para que no se cayeran, mi redecilla y crema en el cutis, así como dormir con sujetador para que el pecho se mantuviera bien terso. Vamos, un poema y un sufrimiento para dormir cada noche.

A la mañana siguiente otro tanto: quita rulos, coloca la otra crema hidratante... En los 60 se llevaba el pelo bien crepado (ahora es cardado). Con la laca conseguía que me quedara una media melena ahuecada. Las faldas por encima de la rodilla sin pasarse, por supuesto. Las minifaldas solo se veían en los cines debido a que empezaba algo el destape, pero nuestros padres empezaban: «Mira, si se le ve casi el culo». Pero no les quitaban la vista, aunque para nosotras era cosa de guarras. Ni se te ocurriera ponértela un poco corta.

Corría 1964 y en todos los cines se proyectaba el documental *Franco, ese hombre* para celebrar los veinticinco años de paz que habían pasado desde que

acabó la Guerra Civil. Por supuesto, era obligatorio ir a verlo. En el colegio fuimos de excursión al cine para ver el documental; por cierto, fue un tostón. El susodicho generalísimo se dio un baño de masas con un desfile en las principales ciudades, entre ellas la nuestra, y allí estábamos todos, deseando verlo pasar como si fuera un artista famoso. Toda la familia y el vecindario en pleno agitando nuestras banderitas cuando pasó con su coche sin pararse.

A pesar de todos mis cambios físicos, no percibí nunca una señal por parte de mi vecino que me hiciera creer ser correspondida. Opté por diferentes estrategias para conseguir su atención. Entre ellas se me ocurrió crear un personaje ficticio. Marta Aranda se llamaría. Por supuesto, ella tendría todas las características de chica que al tal Alberto podrían volverle loco. Un día le comenté:

—Tengo una amiga que, al hablarle de ti, me dijo que quería saber algo más.

—¿Ah, sí? —preguntó con cara de sorpresa—. Y ¿cómo se llama tu amiga?

—Marta, pero no vive aquí; me dijo que si podía enviarte una carta para saber más de ti.

—¿Cómo es esa tal Marta?

—Pues... más o menos de alta como yo, morena, va a un colegio bien, algo monilla.

Así quedó la cosa: él supercontento por la noticia y yo preparada para urdir la trama, así que me puse manos a la obra. Escribí una carta con la que sabía que se engancharía. En el sobre iban mi nombre y dirección, pero en el remite solamente Marta Aranda; de esa forma, era difícil que se pusiera en contacto con ella sin pasar por mí.

En esas cartas hablaba sobre lo buena amiga que era yo, así como todo lo que podía acercarlo a mí, y así fueron pasando algunas cartas, donde yo era el correo entre ellos. Y cada vez él se sentía más atraído hacia Marta. Poco a poco las cartas de ella fueron espaciándose en el tiempo y un día, al encontrármelo en el rellano, me preguntó:

—Hola, ¿qué sabes de Marta? Últimamente no me envía tantas cartas como antes. ¿Hay alguna posibilidad de conocerla y hablar con ella?

—No sé, ya le preguntaré.

Aquello fue la gota que colmaba el vaso. ¿Cómo podía ser ella, una persona irreal, la que me quitara el interés de Alberto? Decidí hacerla desaparecer y así se lo comuniqué:

—Hola, Alberto. Ha ocurrido una desgracia.

—¿Qué ha pasado?

—La pobre Marta estaba enferma. Por eso el motivo del distanciamiento. Falleció el mes pasado.

—Qué pena, tan joven. Me había ilusionado con ella y creí que podíamos llegar a conocernos mejor.

—Sí, ha sido una pena. La echaré de menos.

Volvíamos a estar como al principio y el interés por mí volvía a ser nulo. Mi gozo en un pozo.

Pasados los años me aficioné a la lectura del tipo Corín Tellado, novelas románticas donde el protagonista era un hombre alto, guapo y genéticamente dotado con las virtudes que se suponían propias de la virilidad mejor entendida (a saber: fuerza, determinación, inteligencia, ambición, espalda ancha, prometedora cuenta corriente y asombrosa facilidad para el amor eterno), que localiza a la mujer adecuada y superan las dificultades, que empiezan en la primera página y se resuelven en la última. Costaba no envidiar a las guapísimas heroínas, un poco desdichadas a veces, un poco malcriadas otras, generalmente desorientadas, pero siempre muy felices justo desde el último capítulo y hasta el final de sus días. La mayoría acababan en boda.

Eran fáciles de leer y una amiga me regaló una; más tarde, la cambiaba en el kiosco por una peseta. Así, poco a poco, fue creando dentro de mi cabeza ese ideal de príncipe azul tan romántico e inexistente como las novelas que leía: el hombre educado, seductor, bien formado, siempre complaciendo a la protagonista en todos los aspectos. ¡Vamos, pura utopía! Terminé el colegió con mi título de Comercio Práctico bajo el brazo, el cual equivaldría hoy en

día a una FP de Administración. En casa las cosas no iban muy bien económicamente por problemas familiares; con catorce años debía ponerme a trabajar y aquel verano, acompañada por mi madre, nos pateamos tiendas, oficinas y todo local que pudiera ofrecerme algún puesto de trabajo.

Después de tantos años mantengo grabada la imagen de mi madre limpiando casas. No quería que fuera como ella. Ahora, muchas veces, me emociono al recordar la canción *Princesa*, de Joan Manuel Serrat, donde dice: «Tú no, princesa, tú no. Tú eres distinta. No eres como las demás chicas del barrio. Así los hombres te miran como te miran. Así murmura envidioso el vecindario. Tú no, princesa, tú no. Tú eres la rosa que fue a nacer entre cardos como revancha a un arrabal despiadado en donde el día se ocupa de echar por tierra toda esperanza. Tú no has de ver consumida cómo la vida pasó de largo, maltratada y malquerida, sin ver cumplida ni una promesa, le dice mientras cepilla el pelo de su princesa. Tú no, princesa, tú no. Tú no has nacido para pasar las fatigas que yo pasé, sacándole el dobladillo a un miserable salario que no alcanza a fin de mes. Tú no, princesa, tú no. Por Dios lo juro: tú no andarás de rodillas fregando pisos, no acabarás hecha un zarrío como tu madre, cansada de quitar mierda y de parir hijos».

Por aquel entonces, ya en 1966, Raphael se hizo famoso. Me enamoré locamente de él sin pensar que era un imposible. Compraba todas sus postales y las pegaba en las paredes de mi habitación. Fue el primer cantante de moda que actuaba en el Teatro de la Zarzuela de Madrid; tenía tanta categoría que asistieron Francisco Franco y su mujer, Carmen Polo. Lo transmitieron en directo por la televisión. ¡Qué guapo estaba! Cuando cantó *Yo soy aquel* estaba tan emocionada que no me di cuenta ni del saludo que le hizo al generalísimo y señora. No me perdía ninguna de sus películas. Llegué a obsesionarme tanto que, cuando vi su dirección en una revista, le escribí una carta; como era de suponer, no me respondió nunca y cada vez que veía su película *Cuando tú no estás* me imaginaba ser Laura, la protagonista.

Rondaba los dieciséis años y siempre había alguna amiga que se sentía algo celestina, intentando colocarte a un conocido, familiar o amigo. Recordemos que en aquella época el futuro de cualquier chica era tener novio para casarse. En este caso fue Carmen, mi compañera de trabajo, la cual tenía un cuñado en Ceuta, lugar de donde ella había venido hacía un

año. Un buen día me enseñó una foto del famoso cuñado. Santiago se llamaba; era un chico con rasgos árabes debido a la proximidad de Marruecos, moreno, no muy alto. Estudiaba la carrera de Magisterio. Aun sin conocerle personalmente, me deslumbró con sus rasgos e inteligencia, ya que tenía algo que yo no podía haber conseguido: ¡una carrera universitaria!

La distancia para mí no fue un impedimento. A pesar de estar a mil kilómetros, estuvimos carteándonos. Aquellas cartas fueron para mí una ilusión. Las cosas tan bonitas que decía, explicándome su día a día, hacían que me sintiera alguien importante en su vida. Ese carteo, con ilusión incluida, duró unos tres años, más alguna llamada telefónica vía centralita, donde de vez en cuando se colaba la voz de la operadora de turno, que decía: «¿Hablan?». Y tú le contestabas cabreadísima: «Sí, sí», pensando qué puñetas le interesaba la conversación que estábamos manteniendo. Vamos, que hablar a larga distancia en aquella época venía a ser una conversación a tres. Su voz tan dulce se guardaba en mi oído hasta la siguiente conferencia.

Rondaba el año 1968. Massiel ganó el festival con la canción *La, la, la*, la misma que tenía que haber cantado Joan Manuel Serrat, un nuevo cantante que se empezaba a dar a conocer. Él quería cantarla en catalán, pero la organización no quiso, dándosela a ella para cantarla. Recuerdo que estábamos todos delante de la tele, apoyándola cantando la canción, ella con su vestido de flores, que, al ser la tele en blanco y negro, no sabíamos del color que era.

En los cines se estrenó la película *2001: Odisea en el espacio*, dirigida por Stanley Kubrick. Según mi mentalidad y la de mis amigas, creíamos que para el año 2001 todos los coches volarían, pero mi ilusión era poder tener una televisión como el reloj de muñeca y poder ver todos los programas a la hora que se me antojara. Era tan aficionada a la televisión que coleccionaba los *TP* (*Teleprograma*), revista que llevaba la programación de cada semana.

Como os decía, esta relación se mantuvo durante tres años. El buen mozo hizo la mili de dieciocho meses. Recuerdo que en cierta ocasión me envió una foto vestido con el traje de Regulares, color marrón. ¡Se veía impresionante! Tan enamorada estaba que coloqué la foto encima de la mesita de noche. Menuda bronca pillé de mi madre cuando la vio.

—¿Quién es este chico?

—Mi novio —respondí yo, toda nerviosa.

—¿Cómo va a ser tu novio? ¿De dónde ha salido?

—Vive en Ceuta y es cuñado de mi compañera de trabajo.

—¿Desde cuándo se tiene un novio a mil kilómetros de distancia sin conocerlo? Haz el favor de quitar esa foto. ¡No seas inocente!

A partir de entonces la foto quedó relegada al cajón, donde nadie más que yo podía verla. Las cartas llegaban a casa de Carmen para que en mi casa no supieran que seguía adelante esa relación. Carta a carta, conferencia a conferencia, acabó la mili y la carrera. Por supuesto, durante todo ese tiempo le fui dando mi apoyo y cariño en los momentos bajos.

Por fin decidió venir a verme; estuvo más o menos una semana. Se quedó en casa de su hermano y pasaron varios días hasta poder vernos. Me extrañó mucho, pero entendí que quería estar con su familia. Llegó el tan esperado momento de conocernos; los nervios a flor de piel. Quedamos para ir al cine y fuimos a ver una película de estreno, *Las Leandras*, de Rocío Dúrcal. Me había puesto mis mejores galas, falda y blusa, mi pelo perfecto y los ojos con sombra y perfilados con lápiz. La entrada al cine fue caótica, todo el mundo empujaba y del roce, como era de esperar, surgió un beso en la boca. ¡Mi primer beso! Realmente no sabía ni cómo hacerlo, así que me dejé llevar.

Durante la película intentó meter la mano debajo de mi blusa, pero no lo consiguió; con un beso consideré que ya era bastante. Además, la mentalidad de entonces era que hasta que no subiera a tu casa no estaba bien hacer algo más que un beso. Se acabó la película y noté en él algo raro. Al día siguiente volvimos a quedar, pues ya se volvía a su Ceuta querida. Lo noté mucho más frío, algo desconcertante, diferente a las cartas. Llegó la hora de despedirnos y me dijo:

—Lo siento, Laura, pero no eres la mujer que yo esperaba. Hay algo en ti que no acaba de gustarme; prefiero dejarlo antes de hacerte más daño.

¡Y se quedó tan pancho! Mi cara era un poema, no daba crédito a lo que me estaba diciendo. ¡Después de tres largos años! No lo entendía, pero